

incapaz de renunciar á los intensos goces que le ofrecía aquella vida y quería continuarla á toda costa. Las felices casualidades con que había contado para hacer fortuna convertíanse en quiméricas á la par que aumentaban los obstáculos reales. Al iniciarse en los secretos domésticos de Delfina de Nucingen, había adquirido la convicción de que para convertir el amor en instrumento de fortuna era preciso haber probado todas las vergüenzas y renunciar á todas las ideas elevadas que absuelven á la juventud de sus faltas. Aquella vida exteriormente magnífica, pero raída por todos los gusanos del remordimiento, y cuyos fugitivos placeres eran caramamente pagados por persistentes sobresaltos, aquella vida era la que había hecho suya, y se revolcaba en ella como el *Distraído* de La Bruyère en el fango del foso, sólo que, á semejanza de éste, todavía no manchaba más que su traje.

— ¿Por lo visto ya hemos despachado al mandarín? le dijo un día Bianchon al levantarse de la mesa.

— Todavía no, respondió, pero agoniza.

Creyó el estudiante de medicina que esta contestación era una broma, pero había dicho Engenio la verdad. Éste, que por la primera vez al cabo de muchos días había comido en la casa de huéspedes, estuvo muy pensativo durante toda la comida. En lugar de levantarse á los postres, permaneció en el comedor sentado junto á Victorina Taillefer, á la cual dirigía de cuando en cuando miradas expresivas. Algunos huéspedes seguían sentados á la mesa comiendo nueces, y otros continuaban, paseándose, discusiones comenzadas. Como casi todas las noches, dejábase

cada cual arrastrar por la fantasía según el interés que en él despertaba la conversación ó la mayor ó menor pesadez que le causaba su digestión. Pocas veces, en invierno, abandonaban los huéspedes el comedor antes de las ocho, á cuya hora quedaban solas las mujeres y se resarcían del silencio que la presencia de los hombres les impusiera hasta entonces. Observando Vautrin la preocupación, por demás evidente, de Eugenio, permaneció en la sala, aunque momentos antes había manifestado tener prisa, y se colocó de modo que el estudiante, que debía suponerle ya ausente, no advirtiera su presencia. Y luego, en vez de acompañar á los huéspedes que fueron los últimos en marcharse, quedóse cazarmente en la sala. Había leído en el alma del estudiante y presentía un momento decisivo.

Hallábase, en efecto, Rastignac en una situación de angustiosa incertidumbre que muchos jóvenes han debido de conocer. Enamorada ó coqueta, Delfina de Nucingen había hecho sufrir al estudiante todas las ansias de una verdadera pasión, desplegando para ello los recursos de la diplomacia femenina empleados en París. Después de haberse comprometido públicamente con objeto de retener á su lado al primo de la vizcondesa de Beauseant, no se resolvía á concederle en realidad los derechos de que parecía ya gozar el joven. Hacía un mes que venía manteniendo los sentidos de Eugenio en tan constante excitación, que había acabado por tocarle el corazón. Si en los primeros momentos de aquellas relaciones había el estudiante creído ser el amo, resultó á la postre vencido por Delfina, merced á aquel sistema que consistía en tener cons

tantemente despiertos y suspensos en Eugenio todos los sentimientos buenos y malos contenidos en los dos ó tres hombres que encierra el alma de todo parisién de pocos años. ¿Lo hacía por cálculo? No; las mujeres son siempre verídicas, aun en medio de sus mayores falsedades, porque ceden á un sentimiento natural. Quizá Delfina, habiendo dejado á Eugenio adquirir sobre ella un ascendiente demasiado repentino y demostrándole un cariño sumamente vivo, obedecía, al proceder de esta suerte, á un sentimiento de dignidad que la movía á retirar sus concesiones ó por lo menos á complacerse en suspenderlas. ¡ Es tan natural en una parisiense, en el momento en que la arrastra la pasión, vacilar en su caída y poner á prueba el corazón de aquel á quien va á entregar su porvenir! Bien reciente estaba la traición de que la había hecho víctima el primero en quien pusiera sus esperanzas, joven egoísta que no la había comprendido. Tenía, pues, sobrados motivos para ser desconfiada. Quizá también notara en los modales de Eugenio, al que había enfatuado su rápido éxito, una especie de menosprecio causado por las singularidades de su situación; quizá deseara imponer respeto á un hombre de tan pocos años y obtener las consideraciones que no le guardara el que la había abandonado. No quería que Eugenio la creyera fácil conquista, precisamente por saber el estudiante que había pertenecido á de Marsay. Y finalmente, habiendo sufrido el amor degradante de un libertino joven, verdadera monstruosidad, experimentaba un placer indescriptible en moverse en las floridas regiones del amor, admirando sus diferentes as-

pectos, escuchando sus suspiros y dejándose acariciar por las castas brisas. El amor verdadero y bueno pagaba por el malo. Este contrasentido será frecuente, por desgracia, mientras no sepan los hombres cuántas flores siegan en el alma de una mujer joven las primeras traiciones.

De todas maneras, y cualquiera que fuese el móvil á que obedecía, el caso era que Delfina traía y llevaba á Rastignac, gustando de entretenerle sin duda porque le constaba que era amada y porque sabía que podía poner fin á los tormentos del amante cuando á su real capricho de mujer le viniera en gana. Por otra parte, á Eugenio le impulsaba el amor propio á que aquella su primera empresa no terminase con una derrota, y persistía en ella como un cazador que quiere matar á toda costa una perdiz el día de la apertura de la caza. Sus ansias, su amor propio herido, su desesperación verdadera ó fingida le unían más á aquella mujer. Todo París le suponía en íntimas relaciones con Delfina de Nucingen, siendo lo cierto que éstas se hallaban á la misma altura que el primer día. Desconociendo aún que la coquetería de una mujer puede producir mayores beneficios que su amor placeres, caía en necias rabetas. Si la estación durante la cual guerrea una mujer con el amor ofrecía á Rastignac el botín de sus primicias, resultábanle éstas tan caras como agridulces y deliciosas eran de saborear.

A veces, viéndose sin un céntimo y sin porvenir, pensaba, á pesar de las voces de su conciencia, en aquel proyecto de enlace con Victorina Taillefer de que Vautrin le había hablado. Precisamente en aquel ins-

tante eran tan altos los gritos de su miseria, que cedió casi involuntariamente á los artificios de la terrible esfinge por cuyas miradas se sentía fascinado. Cuando Poiret y la señorita Michonneau subieron á sus habitaciones, quedaba Eugenio sentado entre la viuda de Vauquer y la de Couture. Esta última, sentada y durmiendo junto á la estufa, se hacía unas mangas de lana á punto de aguja. Eugenio, que se creía solo con ellas, miró tan tiernamente á Victorina que ésta bajó los ojos.

— ¿Tiene usted disgustos, don Eugenio? dijo tras algunos momentos de silencio.

— ¿Qué hombre no los tiene? respondió Rastignac. Si nosotros, los muchachos, estuviésemos siempre seguros de ser amados con una ternura que nos recompensara de los sacrificios que siempre estamos dispuestos á hacer, acaso nunca tuviéramos penas.

Por toda contestación, Victorina le dirigió una mirada que no dejaba lugar á dudar.

— Señorita, se cree segura de su corazón hoy, ¿pero lo está usted de no cambiar mañana?

Una sonrisa semejante á un rayo de sol salido del alma se dibujó en los labios de la joven, imprimiendo tal expresión de contento á su rostro, que á Eugenio le pesó haber provocado aquella explosión de sentimiento.

— ¡Cómo! ¿Si fuera usted mañana rica y feliz, si le cayera á usted de las nubes una inmensa fortuna, ¿seguiría usted amando al pobre joven á quien en los días de escasez demostrara usted cariño?

Hizo la joven un lindo movimiento de cabeza.

— ¿A un joven muy pobre?

Nuevo signo.

— ¿Pero qué tonterías está usted diciendo? exclamó la Vauquer.

— ¡Déjenos usted, que nosotros nos entendemos! respondió Eugenio.

— ¿De modo que, por lo que se oye, hay pendiente una promesa de matrimonio entre el caballero don Eugenio de Rastignac y la señorita doña Victorina Taillefer? exclamó Vautrin con su voz de bajo profundo y presentándose de repente en la puerta del comedor.

— ¡Ah! me ha asustado usted, dijeron al mismo tiempo las viudas de Vauquer y de Couture.

— ¡En peores manos podía caer! respondió riendo Eugenio, á quien la voz de Vautrin causó la más cruel emoción que había sufrido en su vida.

— Señores, déjense ustedes de bromas de mal gusto, dijo la de Couture. ¡Niña, vámonos á nuestro cuarto!

Siguió la patrona á sus dos pupilas con objeto de pasar la velada en su compañía, con lo que ahorrraba luz y calefacción.

Eugenio y Vautrin quedaron frente á frente.

— Tenía la seguridad de que daría usted este paso, dijo aquel terrible hombre con su imperturbable serenidad. Pero oiga usted, yo soy tan delicado como el que más. No se decida usted en este momento, no está usted en caja. Tiene usted deudas, y yo no quiero que le traigan á mí el arrebató y la desesperación, sino la razón. Usted ha contraído deudas. Quizá nece-

sita usted unos tres mil francos. ¿Los quiere usted? Aquí están.

Y aquel demonio sacó una cartera, y de ésta tres billetes de banco que hizo centellear á los ojos del estudiante. La situación de Eugenio era de las más crueles. Debía al marqués de Ajuda y al conde de Trailles cien luises perdidos bajo palabra, y, como no los tenía, no se atrevía á ir á pasar la noche á casa de la condesa de Restaud, donde le esperaban. Tratábase de una de esas veladas de confianza, en las que se comen pastelillos y se toma té, pero en las que muy bien se pierden seis mil francos.

— Señor, dijo Eugenio ocultando á duras penas un temblor convulsivo, debe usted comprender que después de lo que usted me ha revelado me es imposible deberle favores.

— ¡Hombre! hubiera sentido oírle expresarse de otro modo. Es usted un muchacho delicado, orgulloso como un león y amable como una señorita. Sería usted una presa notable para el demonio. Me gustan los chicos de su temple. Otras dos ó tres reflexiones de alta política, y verá usted el mundo tal cual es. Representando en él algunas ligeras escenas de virtud, satisface el hombre superior todos sus caprichos, con gran aplauso de los necios que suelen ocupar todo el teatro. Dentro de pocos días estará usted conmigo, y, si quiere usted ser discípulo mío, irá usted muy lejos. Verá usted realizados en el acto sus menores deseos, sean cuales fueren: honores, riquezas ó mujeres. Haremos de la civilización una ambrosia para uso de usted. Será usted nuestro niño mimado, nuestro

Benjamín, y para serle agradables nos exterminaremos unos á otros si es preciso. Le allanaremos todos los obstáculos. Si todavía conserva usted escrúpulos, quiere decir que me toma por un bandido... Pues bien, un hombre que tenía tanta probidad como la que usted cree tener aún, Turena, hacía, sin por eso creer comprometerse en nada, sus arreglitos con salteadores de caminos. ¿Conque no quiere usted darme favores, eh? Perfectamente, añadió Vautrin sonriendo. Tome usted esos papeluchos, escriba usted aquí, añadió sacando del bolsillo una letra de cambio, en blanco: *Aceptada por la cantidad de tres mil quinientos francos, pagadera en un año.* Ponga usted la fecha. El rédito me parece lo bastante alto para quitarle todo escrúpulo; queda usted en libertad de llamarme judío y de considerarse dispensado de todo agradecimiento. Le permito despreciarme hoy todavía, seguro como estoy de que más tarde me ha de querer. Descubrirá usted en mí esos profundos abismos, esos sentimientos grandes y concentrados á que los tontos llaman vicios, pero no hallará usted un ingrato: en una palabra, no soy peón ni alfil, soy torre, amiguito mío.

— ¿Pero qué especie de hombre es usted? exclamó Eugenio. Parece usted hecho para atormentarme.

— ¡Todo lo contrario! soy un buen hombre que no tiene inconveniente en mancharse de barro con tal de que usted no se manche en todo el resto de sus días. Usted se pregunta el por qué de tanta abnegación... Pues algún día se la diré á usted, muy callandito, al oído. Principié por sorprenderle á usted mostrándole

el mecanismo del orden social; pero se le pasará á usted ese primer susto como se le pasa al quinto que por primera vez entra en fuego, y se acostumbrará usted á la idea de considerar á los hombres como soldados decididos á perecer en el campo de batalla para servir á aquellos que se ungen reyes ellos mismos. Los tiempos han cambiado mucho. Antiguamente, á un valiente se le decía: « Toma cien escudos y mata á fulano », y se ponía uno á cenar tan tranquilo después de haber suprimido á un hombre por un quitame allá esas pajas. Y hoy le propongo á usted regalarle una buena fortuna sin que tenga usted que hacer otra cosa que un movimiento de cabeza, y vacila usted. Poca fibra tiene este siglo.

Eugenio firmó la letra y tomó los billetes de banco.

— Vaya, hablemos en serio, repuso Vautrin. Quiero, dentro de unos meses, marcharme á América á plantar mi tabaco. Enviaré á usted los cigarros de la amistad, y, si me hago rico, le ayudaré. Si no tengo hijos (lo cual es probable, porque no pienso reproducirme aquí por injerto), le dejaré á usted por heredero de mi fortuna. ¿Es esto ser amigo ó no? Porque sepa usted que yo le quiero. Tengo la pasión de sacrificarme por otro. Ya lo he hecho. Amiguito mío, yo vivo en una esfera superior á la de los demás hombres; no reparo sino en el fin, y considero las acciones como medios de llegar á él. ¿Qué es un hombre para mí? ¡Esto! dijo haciendo chascar con un diente la uña del pulgar. Un hombre es todo ó nada, y cuando ese hombre es Poiret, es menos que nada: entonces se le coge y se le aplasta como á una chinche, á la cual se

parece en que se arrastra y huele mal. Pero un hombre como usted es un dios; deja de ser una máquina cubierta de piel para convertirse en un teatro en el que accionan los más hermosos sentimientos, y en mí el sentimiento lo es todo. ¿Acaso el sentir no es encerrar el mundo en un pensamiento? Vea usted á papá Goriot: el mundo para él redúcese á sus dos hijas, las cuales son el hilo conductor de sus pasos en esta vida. Pues bien, para mí que he cavado la vida hasta en sus entrañas, sólo existe un sentimiento real: la amistad de hombre á hombre. Pedro y Jafier, esa es mi pasión: me sé de memoria la *Venecia salvada*. ¿Ha tropezado usted con muchos hombres de suficientes agallas para que cuando un amigo dice: « ¡Vamos á enterrar un cadáver! » vayan sin decir una palabra ni aburrirle con sermones? Pues yo lo he hecho. No á todo el mundo contaría semejante lance, pero usted es un hombre superior á quien se le pueden decir las cosas, porque las comprende. No continuará usted mucho tiempo metido en este pantano en que viven todos los renacuajos que nos rodean. Conque lo dicho: se casará usted. ¡Que cada uno de nosotros esgrima sus armas! Mi hoja es de hierro y nunca se tuerce, ¡je, je!

Para dejar toda libertad moral á Eugenio, salió Vautrin del comedor sin querer oír su respuesta negativa. Parecía conocer los secretos de aquellas resistencias débiles, de aquellos combates en que los hombres hacen examen de conciencia sacando de él argumento para justificar sus actos reprobables.

— ¡Así haga lo que haga ese demonio, no me casará con Victorina! dijose el estudiante.

Después de haber sufrido el malestar de una fiebre interior causada por la idea del pacto firmado con aquel hombre que tanto horror le inspiraba, pero cuya figura se agigantaba á sus ojos precisamente por el cinismo de sus pensamientos y por la audacia con que atacaba á la sociedad, Rastignac se vistió, tomó un coche y se hizo conducir á casa de la condesa de Restaud. Desde hacía algunos días, aquella mujer había acentuado sus atenciones para con un joven que de día en día ganaba terreno en las simpatías de la alta sociedad, y cuya influencia prometía ser en breve temible. Pagó el estudiante á sus acreedores, los señores de Trailles y de Ajuda; jugó al whist durante parte de la noche, y ganó lo que había perdido. Supersticioso como casi todos los que se hallan al principio de su carrera, los cuales suelen ser más ó menos fatalistas, veía en aquella su buena suerte una recompensa del cielo por su perseverancia en mantenerse en la senda del bien. Al día siguiente apresuróse á preguntar á Vautrin si tenía aún la letra de cambio, y, siendo su respuesta afirmativa, le devolvió los tres mil francos manifestando una alegría muy natural.

— ¡Viento en popa! le dijo Vautrin.

— Pero no soy cómplice de usted, replicó Eugenio.

— Concedido, interrumpió Vautrin. Todavía hace usted niñerías y está usted como un papanatas en la puerta, en vez de entrar resueltamente.

A los dos días de esta conversación, hallábanse sentados Poiret y la Michonneau tomando el sol, en un banco de cierta avenida poco concurrida del Jardín de

Plantas. Hablaban con el señor que no sin fundamento había parecido sospechoso al estudiante de medicina.

— Señorita, no veo el por qué de sus escrúpulos, decía el señor Gondureau. El excelentísimo señor ministro de policía general del reino...

— ¡Ah! el excelentísimo señor ministro de policía general del reino, repitió Poiret.

— Sí. Su Excelencia entiende en este asunto, dijo Gondureau.

¿A quién no le parecería inverosímil que Poiret, antiguo empleado, y sin duda hombre de virtudes burguesas, si bien falto de ideas, continuase escuchando al pretendido rentista de la calle de Buffon, desde el momento en que éste pronunciaba la palabra policía, despojándose de su disfraz de hombre honrado, para presentarse como agente de las oficinas de la calle de Jerusalén? Nada más natural, sin embargo. Todos comprenderán fácilmente la especie particular de la gran familia de los tontos á que pertenecía Poiret, teniendo presente una observación hecha por algunos estudiosos, pero que hasta ahora no ha sido publicada. Dentro del presupuesto existe una nación plumígera, comprendida entre el primer grado de latitud, al que corresponden los haberes de mil doscientos francos, especie de Groenlandia administrativa, y el tercer grado, allí donde empiezan los haberes, un poco más templados, de tres á seis mil francos, región agradable en la que florece la gratificación, aclimatándose á pesar de las dificultades que ofrece su cultivo. Uno de los rasgos característicos que denota

mejor la enfermiza estrechez de espíritu de esta gente subalterna, es una especie de respeto involuntario, maquinal, instintivo por ese gran pontífice de todo ministerio que el empleado conoce por una firma ilegible y con el nombre de Su Excelencia *el señor ministro*, cinco palabras que equivalen á *il Bondo Cani del Califa de Bagdad*, y que á los ojos de ese pueblo rastroero representa un poder sagrado y sin apelación.

Como el papa lo es para los católicos, así Su Excelencia es administrativamente infalible á los ojos del empleado; su esplendor comunicase á sus actos, á sus palabras y á las palabras pronunciadas en su nombre, embelleciéndolo todo y legalizando cuanto ordena, y el *Excelencia* que garantiza la pureza de sus intenciones y la santidad de sus voluntades sirve de pasaporte á las ideas menos admisibles. Lo que aquella pobre gente no osa hacer en interés propio, se apresura á realizarlo en cuanto suena la palabra *Su Excelencia*.

Tienen las oficinas su obediencia pasiva, como el ejército: sistema que ahoga la conciencia, aniquila á un hombre, y acaba, andando el tiempo, por adaptarle á la máquina gubernamental como un tornillo ó una tuerca. Así es que el señor Gondureau, que parecía muy conocedor de los hombres, comprendió inmediatamente que Poiret era uno de los tales majaderos burocráticos, y sacó el *Deux ex machina*, la palabra talismánica *Su Excelencia*, en el momento oportuno, al descubrir sus baterías para deslumbrar á Poiret, que parecía hecho para hombre de la Michon-

neau, lo mismo que ésta parecía hecha para mujer de Poiret.

— Desde el momento en que Su Excelencia misma, el excelentísimo señor ministro... ¡Ah! entonces es muy diferente, dijo Poiret.

— Ya oye usted lo que dice el señor, cuyo parecer creo que le inspira á usted confianza, dijo el falso rentista, dirigiéndose á la Michonneau. Hay, pues, que Su Excelencia no abriga ya lo menor duda de que el supuesto Vautrin, que vive en la casa de huéspedes de la señora viuda de Vauquer, es un presidiario escapado del penal de Tolón, donde es conocido con el nombre de *Engaña-la-Muerte*.

— ¡Ah, *Engaña-la-Muerte!* dijo Poiret bien feliz es si merece ese nombre.

— Así es, repuso el agente. Mereció el tal mote por la suerte que tuvo de no perder nunca la vida en una porción de lances sumamente atrevidos en que ha tomado parte principal. Es hombre muy peligroso, ¿sabe usted? Tiene cualidades que hacen de él un ser verdaderamente extraordinario. Hasta su propia condena es cosa que le honra muchísimo...

— ¿De manera que es hombre de honor? preguntó Poiret.

— A su manera. Consintió en tomar á su cargo el crimen de otro, una falsificación de documentos cometida por un guapisimo joven á quien él quería mucho, un italiano bastante jugador, que después tomó servicio en el ejército, observando muy buena conducta.

— Si tan seguro está Su Excelencia el señor

ministro de policía de que Vautrin es el tal *Engaña-la-Muerte*, ¿para qué me necesita? dijo la señorita Michonneau.

— Claro, añadió Poiret; si efectivamente el ministro tiene, según nos ha hecho usted el honor de decirnos, la convicción...

— Convicción no es exactamente la palabra adecuada al caso; pero hay fundadas sospechas. Verá usted, Santiago Collin, alias *Engaña-la-Muerte*, es el agente y banquero de los presidiarios de los tres penales, los cuales depositan en él la mayor confianza. Este cargo, que es muy productivo, requiere un hombre de facultades nada vulgares, un hombre de *marca*.

— ¡Muy gracioso, muy gracioso! Comprende usted el retruécano, señorita. Este caballero dice que Vautrin es de *marca* por estar *marcado*.

— El falso Vautrin, continuó el agente, recibe los capitales de los señores presidiarios, los coloca, los guarda y los tiene á la disposición de los que se escapan ó de sus familias, cuando disponen de ellos por testamento, y de sus amantes cuando giran contra él en favor de ellas.

— ¡De sus amantes! ¿Querrá usted decir de sus mujeres? observó Poiret.

— No, señor. Esa gente no tiene, por lo general, sino mujeres ilegítimas á las que llamamos concubinas.

— ¿Viven, pues, amancebados?

— Por consiguiente.

— Pues esos horrores no debería tolerarlos Su

Excelencia, dijo Poiret, y puesto que usted, que según veo profesa ideas tan filantrópicas, tiene el honor de hablar con él, á usted toca llamar su atención acerca de la conducta inmoral de esa gente que tan mal ejemplo da al resto de la sociedad.

— Comprenda usted, señor mío, que no los pone en ese sitio el gobierno para que sirvan de modelos de virtud.

— Verdad es. Sin embargo, permítame que...

— Pero deje usted hablar al señor, queridito mío, dijo la solterona.

— Usted me ha entendido, creo, señorita. Puede tener el gobierno el mayor interés en coger esa caja lícita cuyo contenido parece ser de importancia. *Engaña-la-Muerte* guarda en ella gruesas sumas procedentes no sólo de sus colegas, sino también de la sociedad de los Diez Mil...

— ¿Diez mil ladrones? exclamó Poiret asustado.

— No, la sociedad de los Diez Mil es una asociación de ladrones encopetados, gente que trabaja en gran escala, es decir, que no emprende negocio alguno en el que no haya más de diez mil francos que ganar. Compónese la asociación de la aristocracia de los que comparecen ante los tribunales. Conocen el Código y tienen buen cuidado de no incurrir en la pena de muerte. Collin es su hombre de confianza y consejero. Ayudado por las grandes sumas que maneja, ese hombre ha sabido crearse una policía para su servicio, extensísimas relaciones que envuelve en misterio impenetrable, tanto que, aunque hace un año que le estamos espionando, sin perderle de vista un

momento, nada sabemos de sus planes, por lo cual sus fondos y sus talentos siguen sirviendo para fomentar el vicio, suministrar dinero al crimen y mantener un ejército de pilletes que se hallan en estado de perpetua guerra contra la sociedad. Coger á *Engaña-la-Muerte* con su caja y todo, es cortar el mal de raíz. Por cuyo motivo se ha convertido esa expedición en un asunto de Estado y de alta política que seguramente honrará á cuantos cooperen á su feliz éxito. Usted, señor mío, podría ser nuevamente empleado en la administración y hasta llegar á secretario de comisario de policía, empleo que no le impediría seguir cobrando su retiro.

— Me extraña mucho, dijo la Michonneau, que *Engaña-la-Muerte*, no se escape llevándose la caja.

— Ni soñarlo; adonde quiera que fuera, veríase perseguido por un hombre encargado de matarle. Además, no es tan fácil robar una caja como raptar á una señorita de buena familia. Por otra parte, Collin no es hombre capaz de una acción semejante: se creería deshonrado.

— Tiene usted razón, señor, quedaría completamente deshonrado, dijo Poiret.

— Muy bien; pero todo eso no nos explica por qué razón no van ustedes sencillamente á casa y le prenden, observó la solterona Michonneau.

— Voy á decírselo á usted, señorita... Pero, añadió al oído de ella, haga usted que este caballero no me interrumpa, porque de lo contrario esto será el cuento de nunca acabar. *Engaña-la-Muerte* ha tomado todas las apariencias de hombre honrado al

venir aquí, transformándose en un tranquilo burgués parisién é instalándose en una casa de huéspedes de pobre apariencia; es listo como el solo, y nunca se le cogerá descuidado. De manera, pues, que el señor Vautrin es hombre importante que hace importantes negocios.

« Naturalmente », se dijo Poiret á sí mismo.

— No tiene gana el ministro de correr el riesgo de que se prenda á un Vautrin verdadero, porque se le vendría encima el comercio de Paris y la opinión pública. El señor prefecto de policía, que tiene enemigos, no está muy seguro en su puesto. Si se cometiera un error, los que codician su puesto aprovecharían la gritería y las quejas de los liberales para salirse con la suya. Se trata, por consiguiente, de proceder en este caso como en el de Cogniard, el falso conde de Santa Helena; ¡buena la hubiéramos hecho si hubiera sido un auténtico conde de Santa Helena! Así es que es menester obrar sobre seguro.

— Sí, pero ustedes necesitan una mujer guapa, dijo con viveza la solterona.

— *Engaña-la-Muerte* no se dejaría engatusar por ninguna mujer, dijo el agente. Sepa usted un secreto: no le gustan las mujeres.

— Entonces no comprendo cómo puedo hacer esa comprobación, aun suponiendo que consintiera en encargarme de ella, por dos mil francos, por ejemplo.

— Sencilísimo, dijo el desconocido. Le daré á usted un frasquito conteniendo una dosis de cierto líquido, preparado de tal manera que produce una congestión, muy parecida á una apoplejía, pero nada peligrosa. Esta